

## **Estamos en paz unos con otros: por eso comulgamos (el saludo de paz y la comunión)**

Cristo es "el Príncipe de la paz", el principio de paz que vino al mundo para reconciliarnos con Dios y con el hermano; para instaurar la concordia allí donde se había instalado la discordia. En este momento de la Eucaristía estamos cumpliendo con nuestra vocación de "construir la paz" para ser bienaventurados y comunicar al otro nuestra felicidad (Cf Mt 5,9ss). Es un intento de quitar al Señor la tristeza que lo embargó al constatar que Jerusalén no había comprendido el mensaje de paz que Él traía al mundo (Cf Lc 19,42).

### ¿Qué paz nos trajo Jesús?

Jesús dejó bien en claro qué paz era la suya: "Mi paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da, os la doy yo" (Jn 14,27). Esta frase ha sido puesta en la Liturgia de la Misa, en momentos previos a la comunión, para que nos detengamos en la paz de Cristo, una paz que es abierto combate contra el pecado y contra todo lo que pudiera ser etiquetado bajo ese signo. Estamos acostumbrados a cierta literatura que nos habla del "dulce Jesús", manso y pacífico. Todo consistirá en entender qué significan su dulzura, mansedumbre y paz..., porque Él también nos dijo que no vino a traer la paz, sino la espada (Cf Mt 10,34) y que estaba para traer fuego y división (Cf Lc 12,49.51). Debemos resolver esta aparente contradicción.

La paz de Jesús es *signo de la Alianza*. Con frecuencia nos saludará deseándonos la paz (Cf Jn 20,19.26; Lc 10,5; Mt 10,12). Pero quiere una paz en la verdad, duradera, profunda, y no simplemente una ausencia de guerras o del tronar de los cañones. Quiere una paz rubricada por un "Tratado de paz", por un gran acuerdo, por una alianza donde las partes que antes peleaban, coincidan en poner punto final a esa anomalía. En última instancia, una paz sellada con la Sangre de Jesús, con su entrega de enamorado, con la cruz que reconcilia tierra y cielo, y que abraza a los hombres como hermanos.

La paz *de Cristo* nos obliga a hacernos violencia con nosotros mismos, cargando la cruz y siguiendo al Señor: sólo así seremos dignos de su amistad y de ser sus discípulos (Cf Mc 8,34ss).

### ¿Por qué en la Misa nos deseamos la paz, con un peculiar saludo?

Porque queremos definirnos como "pacíficos" o, mejor aún, como "pacificados", porque no nos hemos ganado la paz sino que la hemos recibido, como regalo de lo alto. Cuando el sacerdote que preside la celebración nos diga: *-Daos fraternalmente la paz*, ello será una invitación a sellar con el otro una relación que hará que deje de ser "otro" y, ambos, ingresemos en el mundo del "nosotros" y de "lo nuestro", pues no otra cosa será la fraternidad que nos hace uno con aquél que ahora es nuestro prójimo, nuestro hermano.

Este momento litúrgico, casi inmediato a la comunión eucarística, puede ser una zanja o un puente. Si nuestra ofrenda y comunión no son realizadas desde la concordia, no será aceptada por Dios y la supuesta "ofrenda", será una burla y una farsa fruto de la "dis-cordia", de corazones divididos o rotos. Sólo desde un corazón reconciliado podremos presentar ofrendas gratas a Dios (Cf Mt 5,23-24), y esto porque el don de nuestras vidas "presentadas/ofrecidas", tendrá sentido si el término es *la comunión*, con Dios y con los hermanos. En ese momento, al consumir la Víctima, se consumará el hondo sentido de una celebración eucarística.

### La mesa ya está preparada: ¡Vengan todos a comer...!

Caminamos para gozar este fruto del trabajo del hombre (el pan y el vino...) que por una singular intervención de lo alto, es también obra de Dios (el Pan *de Vida* y el Cáliz *de salvación*). Nos acercamos con alegría hacia el Señor que se ofrece como alimento de quienes somos peregrinos. Ahora, al constatar que un pueblo hambriento pudiera desfallecer, Él multiplica los panes (Cf Mt 14,13-21). Parte, reparte y comparte su Cuerpo. Sacia nuestra sed y nos lava, con la Sangre del que quita el pecado del mundo y, muriendo, nos da vida (Cf Jn 6,51). Y todo con el sello y la firma del que garantiza algo: que quienes coman de ese Pan no morirán jamás, pues han sido hechos partícipes de la Vida de Aquél que murió y resucitó precisamente para que tuviéramos vida en abundancia (Cf Id. v.50).

Muchas veces he pensado que llamamos "la comunión" a lo que en verdad es "una hostia consagrada". Decimos que un niño hizo "su primera comunión" y que el sacerdote "distribuyó la comunión", o que podemos recibir "la comunión" tanto en la mano como en la boca... La llamamos por uno de sus efectos. En realidad, recibimos el Cuerpo de Cristo en su presencia en un pan consagrado, y ese Cuerpo *causa comunión* en quienes lo reciben. El sacramento de la Eucaristía es causa de comunión con Dios y con los hermanos en el bautismo. Si creciéramos en la conciencia de quién es el que recibimos, repetiríamos -una y otra vez-: -*Señor, danos siempre de ese pan...* (Cf *Ibid* v. 34).

¡Cuántos pensamientos bellos y piadosos pueden ocupar a nuestros espíritus cuando vamos a comulgar! ¡Cuántos buenos deseos pueden embargar a nuestras mentes en orden a esa común-unió querida por Cristo para toda la Iglesia y pedida por Él al Padre! (cf Jn 17,21). ¡Cuántos nobles propósitos en orden a brindar a los hermanos la caridad que produce la unidad y la paz, en medio de ambientes desamorados que no ayudan a forjar lazos de caridad, ni favorecen la unidad y la paz anheladas por Jesús!

### La comunión eucarística: anticipo de Vida eterna

Si esto que hoy vivimos es "el anticipo", ¿qué será comer el Pan de los ángeles y beber el Vino nuevo en el banquete del Reino? ¿Qué será la presencia cara-a-cara, que esta comunión significa, en la plena comunión de mutuo amor que nos atará definitivamente a Dios?

Una cosa podemos dar por segura: la imagen de la Pascua eterna que comeremos en su Reino, y que Jesús nos dejó en su última Cena, no es arbitraria. ¿Cómo dejaría de reconocerlo el corazón enamorado de Cristo, herido pero enamorado de nosotros, y para quien nada tiene mayor sentido que la mesa compartida con aquéllos en quienes el amor se recrea?

No nos alcanzará la vida para agradecer al Salvador, que se hizo pan y vino para nosotros, y para que reconozcamos al que nos llamó a su luz admirable cada vez que participamos de esta mesa: sostén de los pobres fortaleza de los débiles, corazón de la Iglesia, delicia de los santos y contemplación de los ángeles...